

I

Éste es un viaje al pasado, una peligrosa andanza por vericuetos oscuros y olvidados, olvidados porque así es como prefiero considerar muchas cosas de ese pasado. En momentos de gran lucidez vuelvo a ver a personas que siguen muy presentes aunque ya no estén; casi puedo oír sus voces y tender la mano para tocarlos: mis amigos, mis primos, mis tíos y, sobre todo, mi padre.

Según mi médico, me convendría rememorar, pues en el recuerdo está mi salvación. Más bien mi maldición, diría yo. Esto, pues, es también una reminiscencia, de sonidos y olores, y si a veces la narración resulta vaga, es porque hay aspectos en los que no quiero detenerme más de lo necesario, aspectos molestos e inquietantes que me fustigan y mortifican en mi debilidad, en mi conocimiento de lo que fue. Así —como mi padre ha dicho una y otra vez— el niño se hizo hombre.

Me desplazo continuamente, no entre la ciudad y el pueblo, aunque eso lo hago con relativa frecuencia; me desplazo entre lo que ahora soy y lo que era y me gustaría ser, y es este desplazamiento, a la velocidad de la luz, a las horas más intempestivas, la causa de mis trastornos. El médico me arroja clichés como «alienación», «sentimiento de culpabilidad» y toda esa jerga urbana que ha plagado y al mismo tiempo compartimentado nuestra melindrosa moralidad de clase media, pero no van por ahí mis males. Comprendo plenamente mi anhelo de retrotraerme, de «volver al útero», e incluso el deseo de muerte

que me invade cuando me resulta tan difícil y enervante racionalizar una vida de mediana edad que se ha levantado sobre los escombros de la contemporización y las concesiones. Es este desplazamiento, la tensión y el conocimiento de su permanencia, sus estragos en mi conciencia, lo que debo soportar, padecer y superar para sobrevivir en este árido páramo que llamamos vida.

Nací y crecí en un pueblo pequeño, un pueblo cualquiera. Supongo que desde el principio he sido así: un forastero en Rosales, aun para personas que me conocían, parientes, amigos, arrendatarios, y todos aquellos seres encadenados que tenían que servir a mi padre, quien, a su vez, tenía que servir a alguien que estaba por encima. Un forastero porque es así como me siento ahora; los años han adormecido realmente muchos recuerdos: mañanas bañadas por el rocío, el tañido de las campanas de la iglesia, la precisión y el color de mi propia lengua.

En ocasiones, cuando viajo al norte, a Baguio, para recobrar-me, me detengo en Rosales; no tiene pérdida, porque Carmen –quizá el mayor barrio del pueblo– se encuentra en la encrucijada antes del largo puente que cruza el Agno. Allí hay que doblar a la derecha, atravesar Tomana y sus viviendas improvisadas, y seguir por lo que ahora es una carretera asfaltada hasta una hilera de decrepitas casas que la flanquean. Los tejados son de nipa y las paredes de frondas de burí; más adelante las casas se multiplican: estructuras de madera con herrumbrosos tejados de hojalata, el mercado, la calle Mayor y sus tiendas. A veces paro aquí, paseo por las calles familiares: qué estrechas son, cómo las invade la mala hierba. Paso junto al arroyo donde nadaba, y las orillas están salpicadas de basura. La vieja escuela de cemento aún se tiene en pie: qué ruinoso aspecto presenta, rodeada de desmedradas acacias. Paso ante cercas de bambú caídas, me cruzo con personas que sonríen y me saludan pero no me detengo. A muchas no las reconozco, pero distingo esas caras y la imperturbable resistencia grabada en ellas.

Mis pasos me llevan al centro del pueblo, y allí, junto a la carretera, se alza el *balete*: alto, frondoso, majestuoso y tan grande como siempre. Nuestra casa, en un extremo del amplio patio, ya no está; fue demolida hace mucho tiempo, poco después de la muerte de mi

padre, como también la vieja tapia de ladrillo. Pero el *balete* quizá permanezca ahí por siempre. Hay muy pocos árboles de esa clase en esta parte de la provincia. Ha tardado décadas, acaso un siglo, en alcanzar esa amplitud y altura, más alto que la iglesia, que cualquier edificio del pueblo, con un tronco de tales dimensiones y revestido de enredaderas de modo que seis hombres cogidos de la mano no podrían abarcarlo.

Que yo sepa siempre ha servido para lo que, según mi padre, debía servir: como protección. Protegía a los incontables campesinos que acudían a nuestro patio con sus carretas de bueyes cargadas de grano, o con problemas que sólo mi padre podía resolver: deudas que no habían sido saldadas y deudas que se contraerían porque alguien iba a morir, a casarse, a nacer. Servía de protección contra el sol y también contra la lluvia cuando aquellos que venían a pedir algún favor a mi padre se cobijaban bajo su enramada en lugar de atreverse a entrar en la casa.

No se sabe quién plantó el árbol. Parecía tan eterno como el arroyo que atraviesa el pueblo. El abuelo de mi abuelo decía que ya lo había visto coronado de luciérnagas por la noche, y aunque mi padre no le creía, respetaba los sentimientos de la gente, de quienes aseguraban que ese árbol gigante estaba dotado de un talismán, que no era un simple árbol; que era un guardián de la tierra y de nuestras vidas, inmemorial como nuestras aflicciones.

En su momento, pues, cuando la cosecha era buena, aparecían ofrendas al pie del árbol: tartas de arroz en platos de hojalata, con huevos duros y cigarros enrollados a mano, entre las grandes raíces que descendían desde el tronco y serpenteaban hasta la tierra. Cuando alguien enfermaba también aparecían ofrendas, porque los campesinos no consultaban al médico del pueblo; confiaban más en el herbolario y el sacristán, que recitaban frases en latín y colocaban emplastos de hojas sin nombre en la frente y otras partes afectadas, y luego traían sus donaciones al *balete* y, con tono solemne, invocaban a los espíritus: «Ven ahora y acepta esta humilde muestra de nuestro respeto y por favor devuélvele la salud a nuestro ser querido...».

Había dado protección a los políticos, ya que los mítines electorales se celebraban bajo sus ramas. A la luz de las lámparas de queroseno, los políticos arengaban a quienquiera que estuviese allí para escu-

char, y ensalzaban su propias virtudes y vilipendiaban a sus rivales. Sacrificaban a un *carabao* o dos, y con el permiso de mi padre colocaban unas planchas de madera bajo el árbol, extendían sobre ellas hojas de bananero y luego daban de comer al electorado. También allí se había reunido nada menos que Quezón con los líderes provinciales a instancias de don Vicente, el terrateniente más rico de nuestra parte del país y el hombre para quien trabajaba mi padre. Y en la sala de estar colgaba la fotografía para que todos la vieran: don Vicente, el gran hombre con su traje de *drill de hilo* –orondo y pagado de sí mismo– y mi padre a la derecha de Quezón, con aspecto tenso y asustado, y alrededor la flor y nata de la provincia. Mi padre contaba a menudo que el tren de Paniqui llegó tarde y que el millar de personas que esperaban se dispersó, y don Vicente se habría visto humillado si mi padre no hubiera cabalgado a toda prisa hasta Carmay y los otros barrios para pedir a la gente que volviera.

Durante la fiesta mayor del pueblo –el 12 y 13 de junio–, día de san Antonio de Padua, el árbol proporcionaba protección a los campesinos que descansaban en el amplio patio, desenganchaban los bueyes de las carretas y guisaban allí para poder presenciar durante dos días los espectáculos de las ferias ambulantes, la estridente noche de la coronación en el mercado público y la *comedia*, en la que campesinos ataviados con ropa de vivos colores, junto con sus hijos e hijas, bailaban y representaban el antiguo drama de las guerras de moros y cristianos.

Más allá del *balete* del patio, al pie de la pendiente de terreno yermo, se encuentra el río, señalado en los mapas del Tío Baldo como el arroyo de Totonoguen, pero como sus aguas siempre bajaban impetuosas durante la estación de las lluvias, yo lo llamaba «río». Cuando empezaban las lluvias allá por junio y se prolongaban hasta los primeros días de la época de siembra, sus aguas eran profundas y turbias. A medida que se intensificaba la lluvia, en cuestión de horas tras el primer chaparrón, lo veíamos crecer en furiosos remolinos, arrastrando los desechos de las cordilleras donde nacía: las ramas y raíces nudosas y retorcidas de los árboles. Los hombres se colocaban en las orillas y el puente de madera y, provistos de lazos de alambre sujetos al extremo de largos palos, atrapaban los dones de la montaña para utilizarlos como leña. En algunas ocasiones el río crecía tanto que inundaba partes del pueblo,

incluso la *bodega*, que por esas fechas estaba prácticamente vacía de grano, ya que se había vendido casi todo a Chan Hai. Una vez incluso se llevó el puente de madera, y durante semanas la aldea de Cabugawan quedó incomunicada. Las inundaciones nos encantaban, porque entonces podíamos hacer flotar en las acequias nuestros peces de madera.

Cuando las lluvias disminuían y los campos reverdecían, el barro se posaba en el lecho del río y el agua adquiría un diáfano tono verde. La corriente no era ya impetuosa; fluía con un ritmo, interrumpido por pequeñas olas en las zonas menos hondas. Era entonces cuando nos bañábamos en él y nos sumergíamos hasta el fondo para descubrir sus secretos. También entonces las mujeres iban a lavar a las orillas; se acuclillaban ante anchos barreños de hojalata y golpeaban la ropa con palas de madera. Allí donde las orillas eran llanas, con piedras o arena, tendían la ropa a blanquearse, ya que en esas fechas el sol salía no sólo para madurar el grano, sino también para ayudar a las lavanderas. Era asimismo en esa época del año cuando, una vez más, mi padre podía ir a la orilla del río y seguirla cauce abajo, más allá de la aldea de Cabugawan, hasta un lugar que en el pueblo todos conocían; generalmente iba al anochecer, quizá porque a esa hora poca gente lo veía, y no tenía que sonreír a aquellos con quienes se cruzaba o lo saludaban con la mano, ya que todos sabían que al final del sendero se hallaba su lugar secreto.

Era también por esas fechas cuando el Viejo David, que se ocupaba de los caballos y la *calesa*, iba al río con la red de malla fina y la lámpara de queroseno, y antes de medianoche regresaba con una cesta de camarones y lepismas.

En noviembre el río dejaba de moverse. Los torrentes de las cordilleras también se habían secado y ahora su lecho arenoso estaría quemado, y en medio, donde se extendían franjas de tierra, crecían plantas espinosas y el duro cogón. Las profundidades donde antes nadábamos eran ahora charcas enturbiadas por el musgo que cubría el fondo del río. Era aquí donde las lochas y unas cuantas lepismas se habían refugiado de la red del Viejo David. Al otro lado del río ahora seco los campos presentaban un color marrón dorado y estaban listos para la hoz, y las orillas y el estrecho delta donde podía plantarse contenían huertas con calabazas, tomates y sandías listas también para la cosecha.

Conozco el sitio donde el Totonoguen confluye con el arroyo Andolán, y sé que este nuevo río desemboca en el Agno, que siempre baja con caudal incluso en los años de sequía. Yo he nadado en el propio Agno, y he recogido en su lecho arenoso los restos de pino arrastrados desde las montañas, que después hemos partido para utilizar como leña.

Me marché de Rosales hace mucho tiempo; entonces yo sufría, pero me decían que era afortunado por no tener a nadie con quien pelearme, que tenía todo el futuro por delante, y que cuando llegara la hora de mi regreso, las cosas habrían cambiado tanto que ya no las reconocería.

El primo Marcelo estuvo espacialmente categórico aquel día triste y memorable; yo sólo llevaba un año fuera, y nada, absolutamente nada había cambiado. Aun así, él preguntó: «¿Te has dado cuenta de cómo ha cambiado el pueblo? Fíjate en las caras de la gente: hay en ellas esperanza a pesar de todo. Te lo aseguro, olvidarás lo que le pasó a tu padre, y aún más importante, olvidarás el pasado. Incluso ahora la gente ha olvidado que ha transcurrido un año y que murieron personas, no una ni dos, sino cientos. Piénsalo. Recordarás sólo lo importante».

Pero, ¿qué es lo importante? Miré alrededor, la plaza ancha y reseca, la gente marchita, el *balete*. Todo seguía igual. Me negaba a creer que la gente hubiera cambiado únicamente porque un holocausto había pasado por sus vidas. Todavía conocerían la felicidad como yo la había conocido, todavía hablarían de los buenos ratos que habían vivido. En mi caso así será.

–Entonces, ¿no volverás hasta que hayas acabado los estudios en la universidad? –preguntó el primo Marcelo.

Tenía más de treinta años, y llevaba el pelo indebidamente largo en una época en que eso no estaba de moda.

–No lo sé –contesté–. Quizá regrese el día de Todos los Santos para visitar a los muertos. Y si yo no puedo venir, tú te cuidarás de ellos, ¿verdad?

No había necesidad de que le dijera aquello; me cogió la mano y me la apretó.

–Sí –dijo, intentando sonreír.

No me costó mucho hacer el equipaje porque dejaba atrás muchas cosas. Sepa, nuestra cocinera, había encontrado algunos de mis viejos libros y me los había traído; sólo cogí uno, la Biblia, y la metí entre mi ropa. Aún quedaba tiempo para echar un vistazo, para pasear por el pueblo, pero no tenía nada que ver, nadie a quien visitar. Eché una ojeada a mi habitación; el suelo de madera de *narra* resplandecía a fuerza de pulirlo, a veces con hojas de bananero, a veces con pulpa de coco exprimida. Mis recuerdos estaban por todas partes: la escopeta de aire comprimido que me había regalado el primo Marcelo, la ardilla disecada que el tío Benito me había traído de América. Las fotografías de la pared empezaban a amarillear: yo con traje de marinero el día de mi primera comunión, mi primo Pedring y Clarissa el día de su boda. Y había una enorme, amarilla y polvorienta por el paso de los años, pero que conservaba aún todos los rostros muy nítidos, como si el retrato se hubiera tomado el día anterior, pese a que era de hacía ya años, de cuando guardábamos luto por la muerte del abuelo. Allí estaba todo el clan: mis parientes, tíos y tías, también los criados y las personas leales que habían servido a nuestra familia.

Recordé al numeroso grupo en el patio, la larga mesa bajo el *balete* repleta de *pancit*, *dinardaraan* y *basi* para todos los criados e inquilinos que habían acudido a presentar sus respetos a la memoria del abuelo.

En Rosales, como en muchos otros pueblos ilokanos del norte y el centro de Luzón, el noveno día tras el entierro del difunto se celebra con un banquete, según las posibilidades económicas de la familia del fallecido. Lo llamamos la fiesta del *pasiam*, que significa «por el noveno». En este día, quienes están directamente emparentados con el difunto pueden dejar de llevar la ropa negra del luto, pero no así los descendientes directos: los hijos y nietos.

Había venido una multitud de parientes, primos de tercer grado a quienes no había visto nunca antes, tíos y tías de Manila, y sobrinos ya mayores que me llamaban «tío» con todo el respeto que el nombre exige pese a que yo aún llevaba pantalón corto. Llenaron la casa y se dispersaron por el patio, y parte de los hombres y el séquito de criados tuvieron que dormir en el almacén, donde estaba apilado el trigo y el maíz en sacos de yute. Durante los nueve días previos al *pasiam* se rezaba en la casa una novena todas las tardes a las siete. Tomás, el vie-

jo acólito, había presidido aquélla, entonando con voz alta y cascada el *Ora pro nobis* después de cada uno de los quince misterios del rosario. Aunque los vecinos y los criados oraban con nosotros, ocupábamos apenas un rincón del salón. Pero en el día del *pasiam* era el propio párroco, el padre Andong, quien dirigía las plegarias y Tomás –con más de sesenta años y un poco duro de oído– se equivocaba como de costumbre en sus respuestas como acólito. En la sala de estar apenas cabían todos los miembros del clan y los criados, y la mayor parte de los vecinos tenían que rezar en la habitación contigua y en la *azotea*.

Cuando el padre Andong salpicó con agua bendita a los presentes, los familiares no emparentados directamente con el abuelo se quitaron el luto, pero los descendientes directos seguimos usando cintas negras en las mangas y vistiendo de negro durante otro año, tras lo cual finalizaba el luto.

A eso de las diez de la mañana concluían las oraciones, alguien encendía en el patio un cohete, que se elevaba con un zumbido y estallaba: era la señal de que habían empezado los festejos, de que podía correr ya la ginebra y el *basi*. Se necesitaría otra desgracia menor para que el clan se reuniera, y para esta ocasión estaba allí el fotógrafo del pueblo. Tropezándose con la cámara, un voluminoso aparato, subió por la escalera y nos hizo posar a todos en un extremo del salón. «No hay bastante luz», se quejó después de asomarse por encima de su paño rojo de terciopelo, así que echó unos polvos en una rejilla, nos dijo que estuviéramos quietos y, tras la debida señal, lanzó un llamazo anaranjado. Durante un rato el humo y el olor acre impregnaron el aire del salón. Fue entonces cuando mi padre dijo que le gustaría tener una fotografía mayor, que mostrara parte de la casa, así que rompimos filas, el fotógrafo cargó de nuevo con su cámara y salimos detrás de él en ruidosa procesión bajando por la escalera hasta el patio. Entre risas y bromas nos colocamos sobre uno de los bancos situados junto a la mesa, con el sol en la cara.

Mirando alrededor, quizá un poco incómodo con su traje de alpaca de cuello cerrado, el tío Doro dijo en voz alta por encima de la sonora conversación:

–Desde luego somos una gran familia. ¿Por qué no tenemos un escudo de armas como las grandes familias durante la época española?

El primo Andring, el eterno bromista, gritó:

–Una excelente idea, tío. Propongo que nuestro escudo de armas muestre una garrafa de *basi*, que simbolizará nuestra resistencia y, naturalmente, nuestra disposición amable.

A pesar de la iracunda mirada de su madre, el primo Andring no se inmutó, y su comentario fue recibido con risas.

–Y le encargaremos el diseño al tío Marcelo –añadió.

Mis parientes debieron de considerar su segunda broma de mal gusto, porque la mayoría de ellos lazaron miradas de reproche. No era difícil comprender su reacción; el primo Marcelo, aunque hombre agradable y digno de confianza hasta cierto punto, era considerado desde hacía tiempo «el problema» de la familia porque se lo tenía por inestable. Él fue el único que rió la alusión.

El tío Doro rebosaba ideas.

–Deberíamos encontrar a alguien que escribiera la crónica de nuestras vidas, nuestros éxitos y nuestros fracasos.

–Sobre todo fracasos..., en especial cuando hay demasiada ginebra –comentó el primo Andring, de nuevo contento.

El tío Doro se volvió para mirar a sus parientes, casi todos vestidos aún de negro. De pronto posó la vista en mí.

–Espiridión –dijo a mi padre, que estaba sentado en el banco detrás de él–. Ése es trabajo para tu hijo. Cuando crezca puede ser escritor e inmortalizarnos.

La sangre me subió a la cara y se me encendió el rostro. Detrás de mí, mi padre contestó alegremente:

–Puedes estar seguro de que lo hará.

El fotógrafo anunció que estaba a punto, y todos se acicalaron. Casi todos. Los vi entonces a la sombra del *balete* –los criados, el Viejo David, Sepa, Ángel, el Tío Balbo–, todos ellos observándonos y aparentemente excluidos. Me volví hacia mi padre, que se alisaba las arrugas del traje blanco de alpaca.

–Padre, ¿no podrían salir en la foto con nosotros Sepa y los demás?

Él me miró con expresión ceñuda.

–Sólo una vez –supliqué.

–Está bien –dijo, todavía con ceño, y a continuación los llamó para que se colocaran de pie sobre los bancos bajos a nuestras espaldas. Sonrientes, se apresuraron a ocupar sus lugares.

Ahora tengo ese retrato ante mí. ¿Dónde están ahora esos rostros familiares? El Tío Balbo, Ludovico y quizá Ángel ya han muerto. Los

otros se han marchado a lugares desconocidos, quizá a Mindanao con la promesa de nuevas tierras, quizá a los laberintos de Tondo y Santa Cruz, a trabajar como chóferes y criados domésticos, lugares donde habrá poca luz y también ellos estarán entre desconocidos tal como lo estoy yo en este apestado pueblo. Lo sabía desde el principio, sabía que el agua y el aceite no se mezclan, como Teresita me dijo una vez.

También yo soy hijo de mi padre.

